

CUATRO AMIGOS Y MEDIO
EN...

El caso de los bebés intercambiados

JOACHIM FRIEDRICH



edebé

C O L E C C I Ó N



CUATRO AMIGOS Y MEDIO

El caso de los bebés intercambiados

edebé

Joachim Friedrich

El caso de los bebés intercambiados

edebé

Título original: *4 1/2 Freunde und die Windel des Grauens*
© 2010 by Thienemann Verlag (Thienemann Verlag GmbH),
Stuttgart / Wien

© Ed. cast.: edebé 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
www.cuatroamigosymedio.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Edición: Elena Valencia
© *Ilustraciones:* Mikel Valverde
© *Traducción:* Anna Gasol

1.^a edición: septiembre 2011

ISBN 978-84-683-0017-7
Depósito Legal: B. 23931-2011
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Canción de cuna a través del hueco de una dentadura	7
2. Un bebé llorón y un dinosaurio enfadado . .	23
3. Batman y el club de los bebés	41
4. Un jefe con el pantalón mojado	55
5. Bomboncito y el pañal apestoso	73
6. Bebés intercambiados y práctica de pañales	91
7. Un bebé certificado y la venganza de la hermana	107
8. Un modelo con chupete	125
9. Comparación de bebés	141
10. Un anzuelo y el eructito	163
11. Un cuento para el comisario	179
12. ¿Charly o Precioso?	193

1

Canción de cuna a través del hueco de una dentadura

¿Por qué a mí? ¿Por qué me tocaba siempre a mí? Como si no tuviera suficientes problemas en la escuela. ¿No llegaría nunca a mejorar en Matemáticas y Gimnasia? Mejor dejar el tema. Puedo sentirme satisfecho por el hecho de llevarme bastante bien con nuestra profesora de Gimnasia.

¡Aunque aquí radica precisamente el problema! Nuestra profesora de Gimnasia, la señora Sulte-Stratmann, con la que también damos Biología, había dado a luz a un bebé hacía ya unos meses. En la primera hora de Biología estaba sentado frente a ella y me preguntaba si realmente me alegraba su regreso.

—El pequeño Tim ya puede quedarse en la guardería por las mañanas —nos explicó al empezar la clase—. Por eso he decidido volver a la escuela.

Su bebé se llama Tim. No es que me interese especialmente, pero estaba sorprendido de que nos lo contara. La señora Sulte-Stratmann en general no comenta su vida privada y le molesta que le hagan preguntas o metan las narices en ella. Estefi, Charly, Fede y yo lo habíamos comprobado en más de una ocasión. En cambio, ella no tiene ningún problema en meterse en la vida privada de sus alumnos, en especial en la mía.

—Ah, por cierto, Óscar —añadió—, al terminar la clase, ¿puedes quedarte en el aula? Tengo que hablar un momento contigo.

Hubiera deseado que en aquel instante no me hubiera visto nadie. ¡Lo odiaba!

Y ahora estaba sentado a mi mesa y escuchaba a la señora Sulte-Stratmann mientras disertaba sobre la evolución. Nos decía que unos dos millones de años atrás éramos como los renacuajos. Y era precisamente así como me sentía en ese momento. Pues presentía lo que ocurriría al terminar la clase.

Estefi, mi hermana melliza, se dio la vuelta hacia mí:

—¿Qué ocurre, Rabanito? Pones cara de haberte tragado un par de los renacuajos de la señora Sulte-Stratmann.

—Precisamente —murmuré—. Tú ya debes de saber lo que quiere decirme.

—Claro. Que has de hacerle de canguro a Tim. Es lo que le prometiste cuando el bebé todavía no había nacido.

—Una promesa es una promesa. Y ahora me siento obligado. Sólo porque dije que había hecho una vez de canguro.

—¡Eh, tío, eh! —murmuró Fede detrás—. Si no te apetece, convence a la señora Sulte-Stratmann para que yo cuide al pequeño Tim. A mí no me importa.



Estefi me miró y me guiñó un ojo. Aquél era para Fede una especie de día de fiesta. Al entrar en clase, la señora Sulte-Stratmann posiblemente había escuchado un sonoro suspiro dirigido a ella. Seguramente nadie se alegraba más que él de su regreso. La señora Sulte-Stratmann es la profesora favorita de Fede y, por supuesto, yo no tenía ningún reparo en cederle el trabajo de canguro. Por desgracia, la señora Sulte-Stratmann me había escogido a mí.

¿Por qué tenía que sucederme precisamente a mí?

El timbre de la escuela me distrajo de mis pensamientos. Un auténtico fragor de pies golpeando el suelo, esperado con alegría, anunciaba que todo el mundo podía marcharse a su casa. Todos, menos yo.

—En la próxima clase, comentaremos las diferentes teorías que hablan de la desaparición de los dinosaurios —concluyó la señora Sulte-Stratmann.

Cuando entrara de nuevo en la sala de profesores, se daría cuenta de que los dinosaurios todavía no se habían extinguido.

Intenté no fijarme en las caras, en parte curio-

sas, en parte irónicas, de mis compañeros de clase.

—¡Te esperamos, Rabanito! —me gritó Charly desde la puerta, antes de desaparecer.

La señora Sulte-Stratmann se dirigió a mí:

—¿Cómo es que tus amigos aún te llaman Rabanito? —me preguntó.

—Supongo que porque es mi apodo. Me lo pusieron porque soy más pequeño que mi hermana melliza.

—Me imagino que no te gusta demasiado.
Me encogí de hombros.



—Estoy acostumbrado. ¿Tengo que quedarme por eso?

Mi profesora de Biología se sentó a mi lado.

—No, ése no es el motivo. Tengo que pedirte un favor.

—¿Cuál? —pregunté innecesariamente.

—Una vez hablamos de que me gustaría que te ocupases de Tim de vez en cuando. Te pagaría por ello evidentemente. No tengo intención de aprovecharme de ti.

Contuve el aliento.

—¿Cuándo he de hacerlo? —pregunté con la esperanza de que sería un día lejano.

—Esta tarde.

—¿Hoy? —grité tan alto que la señora Sulte-Stratmann se estremeció.

—Lo cierto es que no quería pedírtelo en mi primer día de clase, pero tengo que solucionar un asunto urgente y no puedo llevarme a Tim. Y por desgracia mi marido no está. ¿Es que quizá no tienes tiempo?

—Tengo tiempo. No tengo ningún problema. ¿A qué hora he de ir?

—Hacia las tres. Es bastante pronto. Tengo más o menos una hora de trabajo. Mientras, puedes dar un paseo con Tim en su cochecito.

¡Sólo me faltaba eso! Con mi buena suerte, en una hora al menos me cruzaría con 20 personas de mi escuela, cuyas estúpidas observaciones tendría que oír al día siguiente.

—Entonces, hasta esta tarde, Óscar —y la señora Sulte-Stratmann se levantó.

Me quedé donde estaba hasta estar seguro de que nadie me vería salir de la escuela en su compañía. Además, seguía preguntándome lo mismo que durante toda la hora de Biología: ¿Por qué a mí? ¿Por qué precisamente a mí?

Charly, Estefi y Fede me esperaban en la entrada del patio, como había dicho Charly.

—¿Y? —me preguntó Estefi antes de que me reuniera con ellos.

—Hoy a las tres de la tarde —suspiré—. Una hora empujando el cochecito... con pasajero.

—¡Yo puedo hacerlo! —exclamó Fede—. Si no

te apetece hacer de canguro, ¿por qué no le has dicho que yo podía sustituirte?

—Porque no tienes ninguna experiencia con los bebés —respondió Charly por mí—, al contrario que Rabanito.

—¡Eh, tío, eh! ¡Se puede aprender!

Mi hermana sonrió con socarronería.

—Podemos ir contigo. Así no estarás solo y Fede podrá adquirir *experiencia*, como ha dicho tan bien Charly.



—¡Lo que me faltaba!

—¡Estefi ha tenido una buena idea! —exclamó Charly de pronto—. ¡Iremos contigo!

Creí que no había entendido bien.

—¿Por qué es una buena idea?

—Porque así adquiriremos experiencia, aunque no sólo como canguros, ¡sino también como detectives!

Desde el principio había sospechado que Charly estaba pensando más en nuestra agencia de detectives Charly & Company que en el canguro. ¿Qué relación tenía hacer de canguro con el trabajo de detective?

—¿Imaginas acaso que el pequeño Tim roba los pañales? —preguntó Estefi de pronto.

—Como de costumbre no me tomas en serio —gruñó Charly—. No he hablado de un delito concreto, pero entrenar un poco no nos irá nada mal. Podemos intentar descubrir algo más de la vida privada de la señora Sulte-Stratmann. Puede ser un magnífico entreno. Al fin y al cabo, apenas ha contado nada.

—¿Qué tramas? —exclamé—. Ya sabes que

es muy susceptible en lo que a su vida privada se refiere.

—Precisamente —dijo Charly.

—Soy contrario a hacerlo —protesté.

—¡Yo no! —replicó Fede—. Si vamos contigo, podré hacer prácticas de canguro, por si tengo que sustituirte en alguna ocasión.

Después de esto ya no dije nada más.

—Así pues, todos de acuerdo —Charly nos miró—. Nos encontraremos dentro de dos horas en el huerto e iremos todos juntos a casa de la señora Sulte-Stratmann.

Poco después, Estefi y yo nos separamos de Charly y Fede y nos dirigimos a casa. No tenía ningún deseo de hablar, al contrario que mi hermana.

—No te comprendo, hermanito.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—En primer lugar, no comprendo por qué no quieres ocuparte del pequeño Tim. Teniendo en cuenta tus notas, debería alegrarte que la profesora hable bien de ti.

—¡Gracias por recordármelo! —gruñí.

—Además, tampoco entiendo por qué te dejas manipular por Charly. Si no quieres que vaya contigo, ¿por qué no se lo has dicho y punto?

—¡Lo he hecho! —chillé—. Ya conoces a Charly. Cuando se le mete una cosa en la cabeza...

No terminé la frase porque Estefi sabía lo que quería decir. Naturalmente yo también comprendía a qué se refería ella y le daba la razón. Lo que ocurría era que no sabía imponerme. Me resignaba si alguien empezaba una pelea. No siempre estaba bien, pero yo soy como soy.

Con una mezcla de sensaciones, por la tarde me dirigí al huerto con Estefi. Sin haberlo decidido nunca, el huerto de los tíos de Charly se había convertido en el cuartel general de Charly & Company. De hecho, era el territorio de nuestro perro Precioso. Ni Charly ni Fede, ni Estefi ni yo habíamos conseguido el permiso de nuestros padres para que viviera en casa. Por ello, lo habíamos instalado en el huerto. A pesar de haberle llamado Precioso, poco tiene de

bonito. Le falta media oreja y, también, algunos dientes y lo es todo menos obediente. Sin embargo, posiblemente por ello, nos gusta. Por supuesto, es Fede quien más lo quiere de todos nosotros, más incluso que a su señora Sulte-Stratmann. Lo cierto es que algún nombre tiene que tener.

Fede ya se encontraba en el huerto cuando llegamos Estefi y yo. No nos oyó porque nos daba la espalda y estaba de rodillas hablando con Precioso. Mientras, nuestro perro se dedicaba a su diversión preferida: ¡ingerir alimentos!

—¡No tragues tan rápido, Precioso! —oímos que decía Fede—. Nadie va a robártelo.

—No aprenderá nunca —murmuró Estefi a mi lado, lo suficientemente alto para que Fede mirara a su alrededor.

—¡Eh, tío, eh! ¿Qué es lo que Precioso no aprenderá nunca?

—No me refería a Precioso, sino a ti. A estas alturas deberías saber que Precioso ostenta el récord de tragar comida.

—¡Eh, tío, eh!

—Si fuera la mitad de bueno siguiendo pistas como comiendo, me daría por satisfecho —oímos que decía Charly a nuestra espalda.

—¿Por qué lo criticas siempre? —Fede se levantó—. A menudo nos ayuda a resolver nuestros casos.

Fede tenía razón. Aunque la mayoría de las veces nuestro perro parecía de comprensión muy lenta, nos había sorprendido en alguna ocasión.

—Ha sido siempre por pura casualidad —dijo Charly, que no quería reconocerlo.



—¡Eh, tío, eh! ¡No estoy de acuerdo! Precioso es el más inteligente y...

—¿No deberíamos irnos? —interrumpí a Fede—. No quiero llegar tarde a la casa de la señora Sulte-Stratmann el primer día.

Fede tomó a Precioso en sus brazos.

—Me lo llevo.

—¿Te llevas a Precioso? —exclamó Estefi.

—Claro. Ha estado solo toda la mañana. Además, los animales son beneficiosos para los bebés.

Estefi miró a Fede e inclinó la cabeza.

—¿De dónde lo has sacado?

El rostro de Fede estaba rojo como un tomate.

—¡Lo sabe todo el mundo!

—Preferiría que se quedara aquí —dije—. No sé si a la señora Sulte-Stratmann le parecerá bien que nos presentemos con un perro. Además, su bebé todavía es muy pequeño para jugar con él.

—No me parece oportuno que Precioso le silbe una canción de cuna a través del hueco de su dentadura.

—¡Eh, tío, eh!

—¿Y si le contagia alguna enfermedad? —preguntó Charly.

—¡Mi Precioso no contagia ninguna enfermedad! —chilló Fede—. ¡Está sano!

Ya no podía más.

—Llévatelo. ¡Lo más importante es que salgamos de una vez!

No era mi día. Por supuesto que no. En primer lugar, había tenido que pasar por la desagradable situación en la clase de Biología, después el trabajo obligatorio de canguro y ahora tendría que explicar a la señora Sulte-Stratmann por qué aparecía en su casa con mi hermana, mis amigos y un perro. Y para colmo, Charly, durante el camino a casa de nuestra profesora, nos avasalló con informaciones sobre delitos sin aclarar, que había recortado de periódicos y revistas.

Entonces topamos con una persona que no habíamos imaginado encontrar allí.

Nos encontrábamos en una de las pequeñas calles laterales del barrio en el que vivía nuestra pro-

fesora y Charly hablaba sin que nadie le prestara demasiada atención.

—Esta banda de falsificadores de moneda es muy hábil. El periódico dice que las estampaciones no son perfectas. Podrían ser mejores, pero...

De pronto calló en medio de su disertación y tomó a Estefi del brazo.

—¿Qué haces, Charly? ¿Crees que tengo tus estúpidas estampaciones?

—¡Tonterías! ¡Mira quién está sentado en ese coche! —Charly señalaba un coche que cruzaba con lentitud delante de nosotros.

—¡Eh, tío, eh! ¡Si es el comisario Stecker!